

Reseña

Hacia la convivencia y la ciudadanía plena mediante la música¹

Towards Coexistence and Full Citizenship through Music

Esta obra se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Mireya Sarahí Abarca Cedeño

*Lo que mejor protege a un niño es un “pueblo” (es decir, una comunidad).
Lo que mejor teje su apego es el apaciguamiento de sus angustias y no la satisfacción de sus necesidades.
Lo que permite la transacción entre la cultura de ese pueblo y el desarrollo de los niños que viven en él es la solidaridad que estructuran los rituales cotidianos que da sentido a la existencia.*

Boris Cyrulnik²

1. Geoffrey Baker (2022). *Replanteando la acción social por la música: La búsqueda de la convivencia y la ciudadanía en La Red de Escuelas de Música de Medellín*.

Open Book Publishers. Disponible en texto completo en: <https://bit.ly/3FmCBnn>.

2. Cyrulnik, B. (2014). *Cuando un niño se da muerte*. Gedisa, 129.

“No hay comunidad sin proyecto”, afirma J. A. Mac Gregor Campuzano³ y nos aclara que para que un grupo sea considerado comunidad las personas que lo integran deben estar “comprometidas con la realización de fines comunes”, compartiendo experiencias, trabajo, camino y forma de percibir su realidad. La construcción de comunidades es una tarea compleja que, si bien ocurre en lo cotidiano y de manera aparentemente natural, también se nutre de acciones y procesos específicos, derivados del hacer de especialistas, gestores, actores sociales, docentes, activistas, todas ellas personas que, de manera consciente y propositiva, dedican tiempo, energía y talento a la gran tarea de construir y de provocar acercamientos e intercambios comunitarios.



Geoffrey Baker, en este profundo texto intitulado *Replanteando la acción social por la música*, nos relata, detallada y cuidadosamente, la historia de un proyecto que, con el paso de los años y durante un complejo proceso de construcción, reflexión, análisis, autocrítica y crisis permanente, ha dado lugar tanto a una comunidad como a su florecer. La obra brinda múltiples miradas: amplias ventanas para conocer y aproximarse a la historia y a la construcción de una propuesta que acerca a las personas; cuestiona los métodos, critica los fines, indaga sobre los propósitos y nos muestra, a través de las palabras, anécdotas e ideas, los rostros de quienes han sido parte fundamental de La Red de Escuelas de Música de Medellín, Colombia. El texto permite escuchar las voces de quienes han vivido, sobrevivido o incluso desertado del proyecto, mostrando que, sin duda, sus vidas han quedado marcadas por una experiencia que incentiva el gusto por el arte, por la música, como una expresión a la vez individual y colectiva.

Baker se mueve a lo largo del libro como un investigador curioso, guiado por su experiencia en la música, con múltiples interrogantes que ordenan el debate sobre la educación musical como herramienta, como experiencia de vida y como punto de encuentro para profesionales, académicos,

3. En su presentación al libro de Gilberto Giménez (2021:11). *Teoría y análisis de la cultura*, volumen I. Tlaquepaque, Jalisco, ITESO, UIA, UIA-Puebla.

administrativos, comunidades y, sobre todo, niños y jóvenes inquietos, que descubren en la música la oportunidad para concurrir, crecer, expresar y desarrollarse como personas. El libro ofrece herramientas para docentes del área de la música, pero también para aquellos profesores interesados en construir experiencias comunitarias en sus escuelas, así como gestores culturales que deseen comprender procesos comunitarios, complejos no sólo por el contexto de desarrollo, sino por el nivel de especialización de los equipos de trabajo; los retos ante la toma de decisiones de los propósitos educativos; los desafíos por la solicitud de presupuestos; y la organización diaria en el hacer comunitario. Los directores de escuelas, administrativos y encargados de tomar decisiones podrán reconocerse en varios dilemas de los planteados a lo largo de la obra, a la vez que encontrarán argumentos para incentivar su propia curiosidad y enriquecer su postura crítica para la resolución de problemas en el hacer comunitario o social. De igual manera, los activistas podrán mirar a través de esta ventana e identificar el fundamental vínculo entre el hacer y el para qué hacer, valorando la trascendencia de construir en colaboración desde la reflexión y el análisis.

Por momentos, la obra nos lleva de la mano a las clases, a las sesiones, a las presentaciones, a las mesas en las que se discuten las formas didácticas y los intereses personales, profesionales o colectivos. Quienes realizamos proyectos comunitarios reconocemos las palabras y las dificultades: ¿qué es más importante, en qué momento nos detenemos, es este el rumbo?; ¿cómo llegamos a acuerdos? Sin duda, las personas que se dedican a la gestión cultural reconocerán sus propias crisis en estas páginas, pero también lo harán los artistas, con especial énfasis en los músicos, viéndose a sí mismos en ese momento de decisión: ¿por qué este repertorio y no otro; se debe favorecer lo local o lo global; estoy formando profesionales de la música o es la música la llave que abre una nueva puerta de oportunidades en la vida de estos niños y jóvenes?

La obra es generosa en interrogantes y presenta una postura crítica indispensable para mejorar los proyectos sociales. Se pregunta desde el hacer, desde la historia, desde dentro, pero también desde una posición meta con pretensiones neutrales. Se pregunta desde la emoción tanto como desde el interés de los grupos de poder. Desde la necesidad social y desde el recurso económico. Como el mismo autor lo refiere, intenta responder a la pregunta “¿Cómo se podría funcionar mejor?” (xLvi). Ofrece mucho más que una descripción de un proyecto de educación musical para el cambio social, convirtiéndose en una valiosa herramienta para comprender mejor la gestión de proyectos que persiguen la justicia y la inclusión social, la educación y los procesos comunitarios, destacando la música clásica

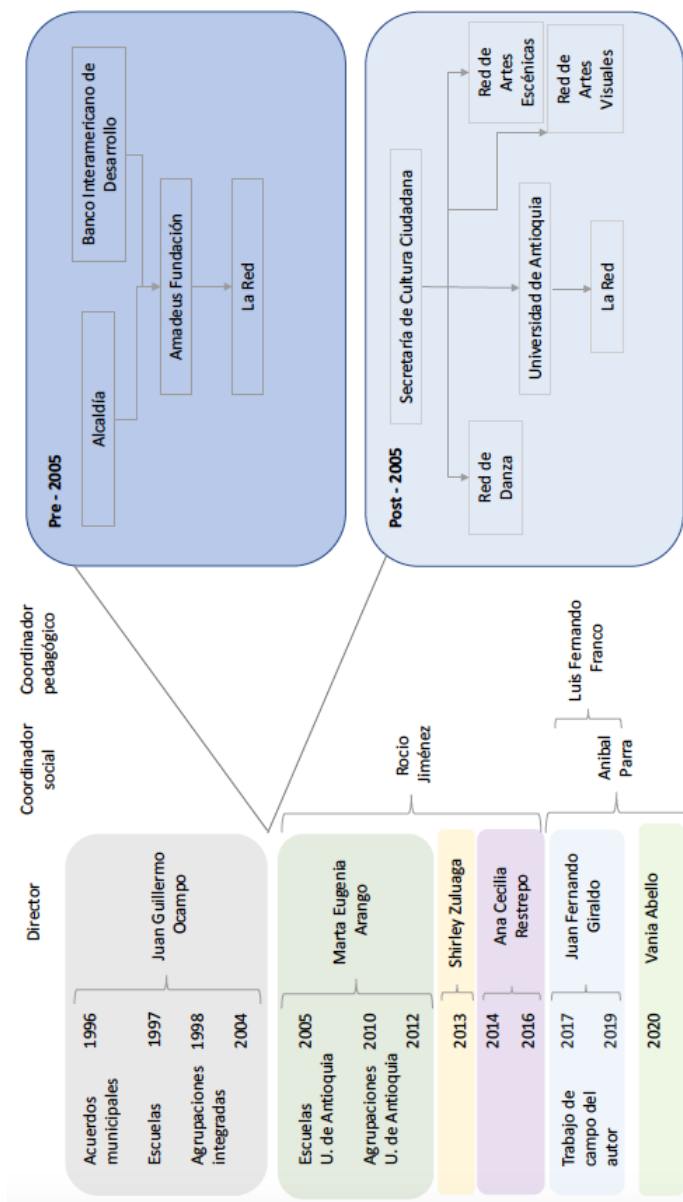
como herramienta inicial. Además, como lo explicita Baker: “conecta con campos como la etnomusicología, la sociología de la música y los estudios urbanos” (lvii).

Replanteando la acción social por la música nos presenta la vida, la historia y la creación de La Red de Escuelas de Música de Medellín, como producto de un arduo trabajo de campo en el que el autor da voz a directores, docentes y estudiantes, al equipo social-pedagógico y al equipo de profesores, quienes en múltiples momentos tuvieron diferencias respecto al rumbo, las estrategias e incluso el repertorio, pero que llegaron a acuerdos en lo esencial, para mantener a flote y ver crecer un proyecto tan generoso. En el documento se subraya que, si bien es cierto que la música ofrece una herramienta formativa, la razón de ser de ella, las estrategias educativas, los recursos didácticos, las intenciones y la respuesta al entorno en el que se desarrollan los jóvenes estudiantes, son igualmente importantes, de ahí su razón de ser como Acción Social por la Música (ASPM). Se muestra cómo muchas de las discusiones al interior de los equipos de trabajo permitieron reconocer el valor de la conexión con el entorno, con la ciudad de Medellín, así como la necesidad de contar con espacios de reflexión que dieran voz al estudiantado, colocándole al centro del programa en la búsqueda de un esquema más horizontal.

En su estructura, el libro se divide en dos partes. El primer apartado se compone de cuatro capítulos: el inicial con la historia y la gestión de La Red, teniendo como eje la narración y la postura argumentativa de quienes en ella participan o han participado. El capítulo se enriquece con amplias descripciones sobre el funcionamiento, las experiencias formativas que acompañan la educación musical, los múltiples esfuerzos para lograr un proyecto de colaboración y unidad en un entorno que todo el tiempo retaba la participación y la cohesión. La discusión sobre los valores de La Red, los criterios para equilibrar el tiempo dedicado a la formación musical y la social, son contenidos sustanciales de esta sección. Quiero destacar, de manera particular, la Figura 2, de la página 5, en la que el autor nos muestra una cronología y las afiliaciones institucionales de La Red, lo cual ayuda a comprender mejor su organización, antecedentes y trayectoria desde 1996 hasta el 2020, nombrando a quienes le han dirigido a lo largo de los años.

En el segundo capítulo se describen a detalle las tensiones y los procesos vividos, en una recuperación de experiencias de profesores de música y de estudiantes avanzados. Dos preguntas cruciales de este apartado son: “¿dónde acaba lo social, y dónde empieza lo musical? ¿Cómo uno acompaña lo otro?” (70), al mostrar, de una manera explícita, la lucha presente entre los dos equipos que conducían a La Red y tres

Figura 2 (5)
Cronología y afiliaciones institucionales de La Red. Diagrama del autor



CC BY. Para una versión ampliada de este diagrama, visite <https://bit.ly/3h1zZ4R>

posturas: una, que priorizaba la creatividad, el trabajo musical, los ensambles, la exploración de repertorios para la interculturalidad; la segunda, con énfasis en la formación social para fortalecer la acción social por la música; y una tercera que se concentraba en la alta exigencia en la música, como prioridad, considerando innecesarias e irrelevantes acciones adicionales que deberían estar implícitas, dando un peso casi exclusivo a la práctica del instrumento. Las discusiones buscaban determinar las estrategias a seguir, la elección de los repertorios y, fundamentalmente, la asignación de tiempos para las actividades. En el capítulo se abordan argumentos transcendentales que provocan la reflexión sobre la elección de la música a estudiar y su impacto, pues no es sólo la complejidad de lo que se interpreta, sino cómo es recibido por las familias de los estudiantes y por el público del contexto al que pertenecen, tratándose éste de un proyecto social. El enfoque pedagógico, las condiciones laborales de los docentes, las diferentes visiones de los directivos, la formación del profesorado, el enfoque social que guía la intervención, son temas que no pasan desapercibidos en el texto y que sin duda incentivan una postura crítica hacia otros proyectos similares.

El tercer capítulo se enfoca de lleno al trabajo del equipo social, integrado principalmente por psicólogos y antropólogos, cuya labor se encontraba al centro de los discursos, pero no contaba con un lugar primordial en el hacer cotidiano de La Red. Se abordan términos como *Ciudadanía* y *Valores ciudadanos*, entre los que se destacan los prioritarios para el programa: disciplina, respeto, responsabilidad y orden. El autor ofrece una visión de ciudadanía artística, “basada en la noción del ciudadano como individuo que desempeña un papel en la creación y el cambio del orden social, y la educación artística como un ámbito importante para desarrollar las capacidades necesarias” (137). Bajo esa perspectiva, el programa no sólo debe verse como un entorno protector para los jóvenes, sino como un espacio para promover el compromiso con los problemas sociales hacia la acción. El capítulo permite, además, acercarse a diversos enfoques de ciudadanía, a cuestionar los procesos de acción o activismo y los procesos políticos implicados. Se destaca también la educación en otras artes, sus estrategias y contribución a La Red, aunque este trabajo es menos reconocido.

Cerrando la primera parte del libro, en el capítulo cuatro, el autor deja ver sus propias interrogantes, posicionándose de manera crítica frente al trabajo de La Red para analizar su eficacia, su filosofía y su aportación al cambio social. Ofrece datos específicos sobre diversas evaluaciones, su valor y la relación con el enfoque y resultados de El Sistema venezolano,

estrechamente relacionado con la propuesta de Medellín. Se cuestiona la composición social del programa y la aportación real a los sectores socialmente más desfavorecidos, pues muchos de los jóvenes integrantes, en los periodos actuales, provenían de estratos socioeconómicos altos y con un buen entorno familiar; si bien un proyecto de esta naturaleza podría perfectamente albergar a todas las personas que quisieran formarse, no era la intención de origen del programa, cuyo propósito primordial fue –y lo sigue siendo–, ser “una respuesta al agudo problema del violento crimen al que estos barrios [los populares] se enfrentan”, barrios de sectores de ingresos bajos y medios. Baker cuestiona el efecto de la música en la acción social y presenta diversos resultados de estudios que dan cuenta de interrogantes similares. Destacando las bondades del proyecto, que sin duda las tiene, el autor concluye que son otros los sectores que se ven más favorecidos: el mundo de los negocios y el turismo.

La segunda parte del libro es una provocación, que se deriva de un análisis global de la acción social por la música como herramienta para incentivar, en educadores musicales, líderes del programa y responsables políticos, inquietudes que permitan reformas, brindando “preguntas y sugerencias que puedan usar para construir sus propias soluciones”. Los tres capítulos del apartado facilitan, en su conjunto, el considerar alternativas y valorar obstáculos, posibilidades y caminos para la transformación.

De esta manera, el capítulo cinco nos describe a detalle el funcionamiento de La Red y sus cambios. Se presentan los procesos que se han vivido al plantear una educación musical que alejara a los niños de la calle, ocupando la mayor parte de su tiempo, a los cambios requeridos en momentos más recientes, cuando existen alternativas culturales, deportivas y tecnológicas gratuitas que atraen a los jóvenes a otras actividades, pudiendo incluso considerarse esto un distractor, provocando que el modelo de intensidad y enfoque exclusivo ya no sea tan atractivo para muchos estudiantes. En este capítulo se revisa, de manera puntual, la diferenciación respecto al Sistema y el paulatino alejamiento de la propuesta venezolana, construyendo una propuesta que, si bien ha pasado por múltiples crisis y cuestionamientos, continúa en una búsqueda que le permita dar respuesta a las necesidades específicas de su entorno y que cuente con un sello propio. Un aspecto particularmente valioso de esta sección es el análisis del significado del término *Social*, lo cual incita a pensar en el enfoque didáctico, en la toma de decisiones sobre la organización de las agrupaciones musicales; en las prioridades respecto al tipo de actividades; en la vinculación con el contexto y las familias; e, incluso, en la selección de la música que se ejecuta, cuestionando la función recolonizadora o descolonizadora de la música.

Ante ello, el autor comparte una valiosa interrogante que evidencia una vez más, la postura analítica sobre los fines del proyecto: “¿cómo puede el aprendizaje de la música de cualquier tipo fomentar la reflexión, la creatividad, una voz y la libertad en lugar del control social?” (277). Sin duda, un planteamiento útil no sólo para los docentes del área de la música, sino para todas las personas que nos dedicamos a procesos formativos y que debemos, por principio y por responsabilidad, cuestionarnos sobre el impacto de nuestras intervenciones en la vida de los individuos y en la construcción de las sociedades.

El capítulo seis abre un camino rumbo al futuro: hacia los desafíos y los obstáculos para el cambio. En este, Baker alerta sobre los riesgos de no mirar de forma crítica los resultados de algunas investigaciones que señalan las debilidades o áreas de mejora de la ASPM; el deseo de fortalecer la propuesta de La Red lleva a omitir o ignorar señalamientos significativos de pares que evidencian la necesidad de cambios urgentes al interior del programa, que a menudo se ocultan por no dañar la imagen que se ofrece al exterior y que ha permitido mantener el prestigio. Otro de los problemas señalados es la formación profesional de músicos, que conserva una estructura estilo conservatorio con poca apertura a la creatividad, sumado a la resistencia al cambio por mantener una educación musical que garantizara la excelencia, quitando peso, por supuesto, a la vertiente social. Uno de los énfasis para esta resistencia al cambio está en la financiación; quienes hemos participado en procesos de asignación de recursos sabemos muy bien lo complejo que es equilibrar las exigencias y las expectativas de quien brinda el recurso con las necesidades, muy reales, de lo que ocurre en el entorno de actuación; la capacidad de maniobra se ve reducida cuando existen diferencias en las metas y objetivos de quien patrocina y de quien ejecuta, llevando siempre al dilema de qué sacrificar, qué mantener y hacia dónde dirigir los nuevos esfuerzos. La disyuntiva entre lo práctico y lo ideológico; la necesidad de dar resultados visibles y, quizá, medibles; la filosofía atrás de la toma de decisiones sobre lo educativo y lo organizacional; las concepciones colonialistas de la educación musical matizadas de control u ordenamiento social; los vínculos conflictivos con el Sistema; son algunos de los planteamientos que se discuten y argumentan a lo largo del capítulo. Destaco, por el valor humano que tiene, una frase que salta casi para cerrar y resuena en la emoción:

Cambiar el lente del efecto al afecto puede ser productivo para la ASPM. Hay dudas sobre si la ASPM es *efectiva*, pero mucho menos sobre si es *afectiva* (337).

Finalmente, el capítulo siete examina las posibilidades de transformación. Manteniendo siempre una postura analítica, el autor discute sobre la tendencia a exagerar los aspectos positivos y minimizar los negativos en los discursos y comunicaciones públicas de los resultados de la ASPM, señalando, además, procesos similares en otros proyectos, como el Sistema y las Orquestas Aztecas, las cuales para crecer restan fondos a otros programas musicales existentes. El cuestionamiento no es sólo sobre el enfoque de la educación musical y la asignación de recursos, sino sobre el carácter ético de afirmaciones sobre los beneficios sociales de un programa cuando no se cuenta con suficientes pruebas de sus bondades o incluso existen contrargumentos y evidencias de la eficacia de otros programas musicales de buena trayectoria que han sido sacrificados por favorecer, en algunas ocasiones, ideas y resultados romantizados. Sin embargo, la crítica no lleva a la propuesta de cancelación de un proyecto tan grande y, en muchos sentidos, exitoso, sino a la construcción de propuestas, postura que mantiene Baker a lo largo de todo el texto. No se trata de una promesa que dé soluciones, sino que cuestiona para movilizar, provocar e incentivar procesos creativos para el cambio. Así, concluyendo el capítulo, brinda una serie de ideas e interrogantes para pensar en una ASPM que responda al contexto Latinoamericano; que dé prioridad a lo social; que sea emancipadora; realista y sostenible. El señalamiento de fondo es una educación musical que apueste a la formación ciudadana, que sea una acción política y ética, con un claro compromiso social.

Para concluir esta reseña sugiero, de manera particular a quienes nos dedicamos a la investigación y a procesos de gestión comunitaria o cultural, revisar a detalle el epílogo que ofrece el autor, pues es un material útil de reflexión sobre los efectos del contexto, de los acontecimientos históricos, de los movimientos ideológicos y de nuestras propias herramientas teóricas, prácticas o epistemológicas, en las formas de hacer, de indagar, de reflexionar y de comprender. El apartado mantiene la postura crítica, pero abre, además, una ventana de esperanza y de optimismo no sólo para La Red, sino para encontrar motivos que impulsen la creación de proyectos que vuelvan la mirada a lo social, a nuestra vida en comunidad.

Sí: con el hacer desde el arte podemos ser ese pueblo que protege, esa comunidad que teje el apego y que brinda un espacio de rituales cotidianos que dan seguridad a las personas a nuestro alrededor. Eso es, ni más ni menos, la acción social.



Recibida: 14 de octubre de 2022 Aprobada: 28 de noviembre de 2022